

Pasados cinco años, en 1885, los resultados son definitivos. El general Vintter, uno de los comandantes de las últimas campañas en la Patagonia austral, informa en una carta dirigida al Estado Mayor la conclusión de las operaciones:

«En el Sud de la República no existen ya dentro de su territorio fronteras humillantes impuestas a la civilización por las chuzas del salvaje».

La Conquista del Desierto había sido un éxito rotundo. Al leer estas cartas espantan el lenguaje utilizado y la brutalidad expresiva de estos «conquistadores»; espantan su arrogancia y su capacidad destructiva. Hoy en día este tipo de acciones se denominan «limpieza étnica» o «genocidio». Los indios tehuelches fueron totalmente borrados del mapa patagónico y apenas sobreviven algunas palabras de su lengua, que ya nadie habla.

Eran las seis de la tarde en El Calafate y todavía quedaba luz suficiente para caminar y conocer un poco. Llegamos hasta la laguna Nimez que está frente al pueblo, y saltamos la alambrada que nos obligaba a pasar por un trailer-taquilla donde cobraban cinco pesos la entrada. No estábamos dispuestos a pagar por ver la lagunita del pueblo. Pero los remordimientos de este atrevido lance hicieron que nuestro paseo por la laguna estuviese signado por miedos diversos. A lo lejos veíamos a los inspectores acercarse hacia nosotros para sancionarnos; aquellos otros dos nos seguían la pista con sus poderosos binoculares; la pareja que caminaba por la ribera opuesta eran los mismos que estaban en el trailer-taquilla en el momento justo en que burlamos la alambrada. Pero no, todos eran fantasmas, espejismos de nuestro remordimiento. Al rato vimos con claridad: la pareja estaba enamorada y no le importaba el resto del mundo; los de los binoculares eran dos ornitólogos extranjeros (presumiblemente alemanes), y los inspectores terminaron siendo dos señoras mexicanas que viajaron en el mismo autobús de Río Gallegos a El Calafate.

El viento soplaba con fuerza y agitaba los juncos que había en la orilla de la laguna. Las aguas eran de color plomizo pero iban cambiando de tonalidad a medida que el sol caía. Avutaradas, cisnes de cuellos negro, cauquenes, gaviotas y aves grandes parecidas al pelícano, poblaban la laguna Nimez. El paisaje era apacible y se podían distinguir planos diversos: el agua plomiza y los juncos flexibles en primer plano, más allá la hondonada lechosa del lago Argentino, a lo lejos las montañas boscosas y finalmente las cumbres nevadas de los Andes patagónicos.

En ese momento advertí una cosa: la Patagonia extraplana la habíamos dejado atrás. Los paisajes de la monotonía habían dado paso a estas posta-

les de lo diverso. Acá en El Calafate, la Patagonia comienza a multiplicarse y todo cabe en su enormidad: la estepa, los lagos, los bosques, las montañas, los hielos. Todo en su lugar y sin mezclarse. Sin la profusión invasiva de las selvas, sin el exclusivo monólogo de los pastizales. Acá la mirada se prolongaba porque, paradójicamente, la distancia no es infinita y la naturaleza ofrece numerosas interrupciones. Haciendo un cálculo aproximado, la vista desde esta laguna alcanza ver paisajes a unos ciento cincuenta kilómetros. Dimos la vuelta a la laguna, nos dejamos golpear una vez más por el viento, pero ya eran las ocho de la tarde y decidimos volver.

Ya en la posada leímos el segundo mensaje que nos dejó la dueña sobre la mesa del comedor: «Los esperé hasta las ocho. Nos vemos mañana». Afuera el viento soplaba con más fuerza, y con la noche llegó el frío. Comimos unos fideos reparadores y nos fuimos a dormir, pues al día siguiente había que despertarse muy temprano. A las 6:30 de la mañana pasarían a buscarnos para conocer el glaciar Perito Moreno, un paisaje que un caribeño como yo apenas alcanzaba a imaginar.

3. El guía se llama Diego. Es un gaucho rubio, con pantalón caqui sucio, camisa a cuadros, pañuelo al cuello y gorro tipo boina que oculta una calvicie en avance. Tiene unos 38 años. Hombre culto que hablaba un inglés con acento argentino exageradamente marcado. Su inglés es impecable, su sintaxis acertada, su léxico profuso, pero cuando habla parece que en vez de lengua tuviera una tabla en la boca. Creo que lo hacía a propósito: un desdén hacia el idioma del imperio desde el manejo impecable de sus estructuras morfosintácticas. El japonés (el mismo de la caligrafía impecable) y las alemanas que nos acompañaban le agradecían sus oportunas indicaciones y se reían de su inglés patagónico.

Montados en la camioneta 4x4 salimos de El Calafate por el camino antiguo en dirección hacia el glaciar Perito Moreno. Desde que construyeron hace años la carretera nueva, este camino troncal ha quedado sólo para estancieros locales y exploradores curiosos. Sale por detrás del pueblo y atraviesa las antiguas estancias entre montañas bajas, en dirección hacia la cordillera. Desde la ventanilla el paisaje era formidable. El día, soleado y la luz, clara. El viento, como es habitual, barría la tierra. También «barre las cabezas», decía Diego. Al subir por detrás del pueblo vimos abajo, a lo lejos, el lago Argentino en toda su extensión: un gigantesco brazo de aguas de color turquesa, y en el medio, como una mancha lunar, el primer témpano de nuestro viaje.

Desde la ventanilla opuesta, a unos 100 metros de distancia, vemos una familia de choiques. Camuflados entre los pastizales, se levantaron y corrieron al paso del vehículo con las alas extendidas. Era un grupo numeroso

formado por un choique macho y cerca de diez charitos. Los choiques machos tienen la infrecuente costumbre de encargarse de sus crías: las hembras desovan y los machos empollan. Y una vez que nacen, continúan juntos y el macho los cría. Sin duda, un ejemplo de familia organizada y moderna. La carne de este avestruz de la Patagonia fue alimento histórico de tehuelches y gauchos. Hasta las patas y la cola se comen y sus huevos son un manjar exquisito. Los indios acostumbraban a cocinar el avestruz de la siguiente forma: abrían el cuero del animal, le extraían la carne y las vísceras, y hacían un enorme picadillo. Con esto rellenaban nuevamente el cuero y le agregaban piedras calientes. Se cosía la piel del animal con todo adentro y se asaba como una albóndiga gigantesca. En cuanto al huevo, éste era cuidadosamente colocado sobre cenizas calientes, se abría un pequeño orificio en su parte superior, y se introducía un palito que servía para revolver adentro. El resultado era el de los huevos revueltos, pero en su propia cáscara, un auténtico desayuno patagónico. También el cuero se utilizaba para hacer artesanía, y sus tripas servían para elaborar salchichas y trampas para los depredadores. Pero actualmente la ley prohíbe la caza y consumo del choique. «Desde Buenos Aires –dice Diego– es fácil prohibir, pero acá se lo caza y se lo come por hambre». Nuestro guía no se limita a los paisajes fotografiables sino que también informa al turista de los problemas del pueblo: alcoholismo, políticos mediocres, colegios insuficientes. Su crítica es emotiva y bien argumentada. Sus ataques parecen dirigirse contra Néstor Kirchner, ex gobernador de la Provincia de Santa Cruz, actual presidente de la República Argentina.

Un grupo de cóndores vuela a poca altura y planea contra el viento. Deben tener unos 10 ó 12 años a juzgar por el cogote blanco y el anverso de sus alas también blancas. A partir de los ocho años desarrollan estas canas nevadas que les otorgan un aspecto majestuoso. Son enormes y se entregan al viento, o al revés: el viento se entrega a ellos. Ayudados por los caranchos atacan a las ovejas desvalidas. El procedimiento es el siguiente: los caranchos atacan a las ovejas picoteando sus ojos y hocicos. La sangre que vierten deja una mancha sobre los pastizales que el cóndor, con su formidable vista, logra ver desde gran altura.

Las ovejas abundan en la Patagonia. Pero esto no siempre fue así. Los primeros colonos escoceses las trajeron a pastar a estas tierras, y dieron inicio al gran negocio de la lana. Pero las ovejas son depredadoras del suelo: al comer arrancan de raíz el pasto, y el suelo de la Patagonia, originalmente pobre, quedó malherido y degradado desde la llegada de estos animales. Las grandes estancias patagónicas albergan gran número de ganado ovejero. Por ejemplo la famosa Hacienda Anita cuenta con 27 mil cabezas en sus